

ANALES

DE LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

HOMENAJE AL PROFESOR JUBILADO

DR. RAFAEL ARJONA SILVA



Notables actos demostrativos de amplio espíritu de solidaridad y de avanzada cultura, y dignos por lo mismo de la más efusiva felicitación, viene realizando el Cuerpo Médico de la República. Empezando por la loable iniciativa de distinguidos facultativos guayaquileños, que dió origen a la reunión del Primer Congreso Médico Ecuatoriano, el cual, por la eficiente capacidad intelectual y por la competencia científica de los que intervinieron en él, fue coronado por el más brillante éxito; luego, la justísima condecoración al "Mérito Profesional", ofrecida al eminente Profesor Doctor Julián Coronel, como premio tanto a sus innúmeros afanes en la enseñanza de Clínica Interna y en la Dirección de la Universidad del Guayas, como en su calidad de Médico del Hospital General

de esa ciudad. Finalmente, y llegando la vez a la Facultad Médica de nuestra Universidad, ésta ha llevado a término una manifestación en honor del Sr. Dr. Dn. Rafael Arjona Silva, como expresión de la gratitud y admiración que para el antiguo Maestro, ahora jubilado, sienten los que fueron sus discípulos, casi todos los actuales profesores de la Facultad Quiteña.

La distinción que se ha hecho al Sr. Dr. Silva, conceptuamos ser de estricta justicia, ya que ese facultativo por singular coincidencia Profesor también de Clínica Interna, es un modelo perfecto del profesional caballeroso y probo, del médico más estudioso y contraído, más altruista y modesto.

Comunicado oportunamente el Acuerdo a las otras entidades de nuestra Universidad y a la similar de la del Guayas; ellas, estimando también justísima la manifestación en honor del Dr. Arjona Silva, se apresuraron a hacer ostensible su adhesión, contribuyendo de ese modo a dar realce mayor a la condecoración ofrecida al Maestro, trascendencia más grande a la sesión que se le dedicó para tal objeto.

A continuación damos a la publicidad los mentados Acuerdo y adhesiones, lo mismo que los discursos que se cruzaron en la sesión misma, la cual fue solemnizada además con la presencia en ella del Sr. Presidente de la República, de distinguidas personalidades políticas y sociales, del Sr. Rector de la Universidad, de los profesores y alumnos de todas las Facultades que asistieron en corporación.

LA FACULTAD DE MEDICINA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

CONSIDERANDO:

1º Que el Sr. Dr. Rafael Arjona Silva, por sus méritos excepcionales y su conducta profesional inmaculada y ejemplar, es acreedor al más alto y distinguido aprecio de todos sus conciudadanos y muy especialmente de sus antiguos discípulos y comprofesores; y

2º Que la Facultad de Medicina se considera muy honrada contándole entre sus miembros, como Profesor jubilado de Clínica Interna:

ACUERDA:

1º Organizar una sesión pública y solemne en honor del Sr. Dr. Silva, que se verificará en el salón de actos públicos de la Universidad, el día veinte y cuatro de diciembre del presente año;

2º Ofrecerle en esa sesión una medalla de oro, como testimonio del respeto, aprecio y consideración distinguidos que le deben los miembros de la Facultad y todos sus demás discípulos y comprofesores;

Invitar a todos los señores médicos de la Capital a asociarse a esta manifestación, a fin de darle la mayor significación social que fuere posible, y publicar este acuerdo por la prensa.

Dado en la sala de sesiones de la Facultad de Medicina, en Quito, a 7 de noviembre de 1916.

El Decano,

MARIANO PEÑAHERRERA E.

El Secretario,

GABRIEL MOSCOSO.

Decanato de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central del Ecuador.—Quito, a 19 de Diciembre de 1916.

Sr. Decano de la Facultad de Medicina:

La Facultad de Jurisprudencia y Sociología de la Universidad Central, se ha instruido, con profunda satisfacción, de que su hermana la Facultad de Medicina de la misma Universidad propónese rendir solemne homenaje a las virtudes del meritísimo Profesor jubilado Sr. Dr. Dn. Rafael Arjona Silva, colocándole en el pecho una medalla, que sea la gráfica e imperecedera expresión del respeto y cariño de los discípulos agradecidos, y de la consideración y aprecio de los colaboradores en el profesorado y de los compañeros y amigos en el ejercicio de su noble y benéfica profesión.

Penetrada íntimamente la Facultad de Jurisprudencia y Sociología de la singular significación moral de ese acto de elevada cultura, al par que de justicia en favor de un caballero extraño, por su modestia y por su verdadero mérito, a toda pretensión de vanagloria; de fecundo y generoso estímulo a la virtud, siempre combatida por las mezquindades de la emulación y del egoísmo; y de la más bella y simpática confraternidad entre los leales obreros del bien y de la ciencia, encargóme, en sesión de hoy, presentar su entusiasta congratulación al Sr. Dr. Arjona Silva, y sus fervientes votos de aplauso a la Facultad de Medicina; a quienes, en tan grata oportunidad, tengo a mucha honra renovar el testimonio del alto respeto y consideración de su muy atento y obsecuente servidor

V. M. PEÑAHERRERA.

República del Ecuador.—Decanato de la Facultad de Ciencias.—Quito, a 22 de Diciembre de 1916.

Sr. Decano de la Facultad de Medicina:

La Junta de la Facultad de Ciencias, en la cual tengo la honra de presidir, recibió plentera la buena nue-

va de haber resuelto la Facultad de Medicina, dar al modesto y virtuoso antiguo Profesor jubilado de la Universidad Central, Sr. Dr. Rafael Arjona Silva, un justo homenaje, en atención a sus relevantes merecimientos.

La Facultad de Ciencias, profundamente complacida por este acto honroso y justiciero, resolvió, por unanimidad, adherirse a la elevada y culta idea iniciada por la Facultad de Medicina, reconociendo las altas virtudes del Sr. Dr. Arjona Silva, que le hacen acreedor de la manifestación a que, por ellas, recibirá en breve, y enviando un voto de aplauso a la Facultad que, tan dignamente demostrará la estima y aprecio a su antiguo Profesor y Maestro.

Dios y Libertad,

C. ARTURO MARTÍNEZ.

República del Ecuador.—N.º 4511.—Decanato de la Facultad de Medicina, Cirugía y Farmacia de la Universidad de Guayaquil.—Guayaquil, 16 de diciembre de 1916.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Sr. Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Central.

Quito.

La Facultad de Medicina, Cirugía y Farmacia, que tengo el honor de presidir, en sesión de 13 del presente, por unanimidad de votos, expidió el siguiente Acuerdo:

“LA FACULTAD DE MEDICINA, CIRUGIA Y FARMACIA

DE LA UNIVERSIDAD DE GUAYAQUIL

CONSIDERANDO:

1º Que la Facultad de Medicina de la Universidad Central ha resuelto otorgar, el día 24 del presente, una medalla de oro al señor doctor Rafael Arjona Silva, co-

mo testimonio de respeto y gratitud al antiguo y benemérito Profesor de esa Facultad;

2º Que es un deber de los cuerpos colegiados rendir un tributo de admiración y aplauso a aquellos miembros de instituciones similares que, con sus luces y patriotismo, han contribuido al honor y prestigio de dichas corporaciones.

ACUERDA:

1º Adherirse a la manifestación que ofrece la Facultad de Medicina de la Universidad Central en honor del señor doctor Rafael Arjona Silva; y

2º Comunicar este Acuerdo a dicha Facultad y al señor doctor Arjona Silva.

Dado en Guayaquil, a trece de diciembre de mil novecientos diez y seis.

El Decano,

EMILIO G. ROCA.

El Secretario,

ALBERTO L. RIGAIL."

Lo que me es grato poner en su conocimiento para los fines consiguientes.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Dios y Libertad,

EMILIO G. ROCA.

Instalada la sesión el día y hora señalados, el Sr. Dr. Mariano Peñaherrera, Decano de la Facultad de Medicina, ofreció la manifestación con el discurso que sigue:

Señor Doctor Don Rafael Arjona Silva:

Es para mí en extremo honroso y satisfactorio ser en este acto el intérprete de los sentimientos de los miembros de la Facultad de Medicina de la Universidad Central, para ofreceros el muy rendido homenaje de respeto, agradecimiento y cariño que han deseado tributaros en esta solemne sesión. No escucharéis de mis labios palabras de vana lisonja o mentido elogio: jamás las he proferido; ni podría atreverme a empañar con

ellas el brillo de vuestras virtudes. Dejaré solamente que broten de mi corazón mis más íntimos sentimientos y arraigadas convicciones; y, haciéndolo así, estoy seguro de expresar fielmente lo que juzgan y sienten respecto de vuestros merecimientos todos mis distinguidos comitentes.

Hay entre los hermosos consejos legados por el inmortal Hipócrates a sus discípulos, muchos de los que he recordado siempre que os he visto practicando vuestro sagrado ministerio profesional; pues os habéis amoldado íntegramente a ellos para no dejar de cumplirlos jamás. Pero algunos de esos son como el resumen o síntesis de vuestra vida y voy por eso a repetirlos. Dicen así:

«Sea la práctica del bien una ley que se imponga desde luego en tu alma sensible y generosa.

«Ni el sórdido interés ni el oprobio de la vanidad profanen la excelencia de tu profesión, aspira a las bendiciones y no al oro; lleva la esperanza y el consuelo lo mismo a la cabaña del pobre que al palacio del rico; confiesa tus errores con candor, y respeta en fin, a los dioses cuya bondad y omnipotencia demuestra a cada paso tu arte».

Quién pudiera ahora, ni ha podido jamás decir, señor, que no habéis cumplido fiel y escrupulosamente estos magníficos preceptos? El amor al bien ha sido siempre vuestra ley, y nunca la habéis quebrantado; él ha sido vuestro único guía, no solo en el ejercicio de la profesión, sino en todos los actos de vuestra existencia.

Así lo reconocen y proclaman todos vuestros amigos, todos los enfermos a quienes habeis devuelto la salud, y toda la sociedad; así lo testificamos, con experiencia personal, nosotros, los que tuvimos la buena suerte de ser vuestros discípulos, y que os debemos, tanto el grande caudal de conocimientos adquiridos en largos años de estudio y experiencia, que, con insuperable bondad y afanosísimo empeño, supisteis trasmitirnos fundando la enseñanza práctica de Clínica Interna, en el Hospital de San Juan de Dios, de esta ciudad; como el ejemplo, de imperecedero recuerdo, que nos dabais, de respeto, paciencia, consideración y amabilidad para tratar a los desvalidos, a las víctimas infelices del infortunio que acudían a la "Sala de la Virgen", en busca del alivio, el consuelo y la salud que no podían hallar en sus pobres hogares, y que vos nos enseñabais a prodigar-

les, empapando en el amor al bien vuestro corazón sensible y generoso.

Y los innumerables enfermos de elevada posición social a quienes habéis asistido en ya muy largos años de ejercicio profesional, que sólo han tenido para vos frases de encomio y agradecimiento, por el acierto, nobleza y dignidad con que les habeis tratado, sin que jamás, nunca, se haya oído de ninguno la más insignificante queja de vuestra conducta; y los centenares de pobres protegidos por la Sociedad de San Vicente de Paul y otros muchísimos de nuestra sociedad, que ocultan su infortunio y sus dolores en los más miserables albergues de nuestra población, que os han visto ir a buscarlos, venciendo toda dificultad; para llevarles socorros, consuelos y esperanzas, que os han oído hablarles con palabras dulces y cariñosas, llenas de respeto y compasión para la desgracia; diciendo están en voz elocuentísima, *que nunca el sórdido interés profanó la excelencia de vuestra profesión; que aspirasteis a las bendiciones y no al oro.*

Pero no son solamente estos ejemplos y enseñanzas todo lo que os debemos, pues hemos admirado siempre en vos la práctica de otras nobilísimas virtudes, con las cuales habéis dado también magníficas lecciones, no solamente a los médicos, sino a cuantos os han conocido. Estas virtudes son: *la veracidad* y el amor al trabajo.

Quizá se diga que poseyendo vos tantos y tan grandes méritos, podría prescindir de la primera, que no es una virtud excepcional; pero una veracidad como la vuestra, que no flaquea jamás; ni en broma, ni en serio; ni por excusaros de un descuido, ni menos movido por los impulsos de la vanidad; ni por halagar a nadie, ni por temor a los poderosos, es una virtud tan valiosa, tan noble y tan excepcional que me complazco en proclamarla como una de las más hermosas y envidiables que poseéis. Ah! señor, si todos hablaran así siempre la verdad, como vos la habláis, que hermosa y amable sería la vida social, sin el temor al engaño, sin la desconfianza de las falsías!

Y cómo no ponderar en esta solemne ocasión el mérito inmenso de vuestro inagotable amor al trabajo. Desde los primeros años de vuestra niñez os consagrasteis al estudio con singular ahinco, y venciendo dificultades al parecer insuperables, alcanzasteis a terminar con lucido éxito los estudios de la segunda enseñanza.

Con el mismo empeño y luchando contra mayores inconvenientes coronasteis brillantemente vuestros estudios profesionales; y, sin daros tregua un momento, continuasteis preparando los exámenes para los concursos a la cátedra de Cirugía, primero, y después a la de Clínica Interna, que os merecieron el nombramiento de Profesor Propietario de la última. Posteriormente, ni cuando dictabais esa cátedra; ni cuando la injusticia y tiranía os despojaron de ella, jamás habéis dejado un solo día los libros de la mano; y la lectura y el estudio son para vos hasta ahora el mejor descanso y halago.

Y en la práctica profesional. ¿Quién pudiera competir con vos en constancia y amor al trabajo? Cuarenta y cuatro años seguidos os ha visto la población de Quito todos los días, yendo en pos de vuestros enfermos, con una constancia insuperable, con esa consagración excepcional que os habéis impuesto, sacrificando todo halago, todo descanso y toda otra consideración al cumplimiento del deber y al deseo de no faltar jamás a un compromiso.

Y ahora mismo, cuando ya los muchos años de incesante labor, las amarguras y los desengaños de la vida, quizá más que las enfermedades, han quebrantado hondamente vuestra salud, os vemos todavía trabajando, firme y constante, con una energía de voluntad incontrastable, que supera al agotamiento de vuestras fuerzas físicas. Cuando os encuentro, señor recorriendo lentamente, penosamente, nuestras empinadas y fatigosas calles, agotando en amargos y dolorosos esfuerzos los últimos latidos de vuestro corazón desfalleciente, para llegar donde cualquiera que reclama vuestro auxilio; ya sea a la casa de persona capaz de remunerar como merese vuestro afán; ya a la cabaña de un desheredado de la fortuna que sólo tiene para ofreceros su hondo reconocimiento y ese hermoso "Dios se lo pague" que sale de lo íntimo de su alma piadosa y agradecida, y que tan recompensado os deja porque *amáis y respetáis a Aquel cuya bondad y omnipotencia demuestra a cada paso vuestro arte*; cuando os veo con la encanecida frente empapada con el noble sudor con que buscáis el honrado pan de cada día para vuestra distinguida y numerosa familia, brotan de mi alma los más fervorosos sentimientos de respeto, admiración y cariño para vos, y os bendigo desde el fondo de mi corazón.

Por la asidua y fecunda enseñanza práctica que de vos recibimos en el Hospital, por los hermosos ejemplos que nos habéis dado de amor al bien, de constancia, nobleza, dignidad y desinterés en el ejercicio profesional, os respetamos, señor, y os amamos de corazón; y como testimonio de estos nuestros sentimientos, la Facultad de Medicina de la Universidad Central os dedica esta medalla que será para vos un símbolo y un recuerdo.

Dignaos, señor, aceptarla, y permitidme que la deposite sobre vuestro pecho, que tan nobles y excepcionales virtudes atesora.

Quito, Diciembre 24 de 1916.

Luego, tomando la palabra el Sr. Dr. don Ricardo Ortiz dijo:

Señores:

El acto que hoy presenciemos consuela sobre manera al espíritu y abre el corazón a las más halagüeñas esperanzas. Es una solemne afirmación, la mejor apoteosis de la verdadera grandeza. Es a la vez una protesta enérgica y valiente contra el predominio de los apetitos desordenados, de las concupiscencias desmedidas, de las ambiciones crueles, que, apoderándose primero de los individuos dominaron después a las sociedades lanzándolas a una lucha titánica en donde derrochan energías colosales, haciendo esfuerzos inauditos para obtener la hegemonía absoluta en todo lo material. Los anhelos eran opuestos, los intereses encontrados, de ahí el choque subitáneo y violento de las unas con las otras que se convirtió en ese torbellino asolador, en esa catástrofe apocalíptica que se llama la conflagración europea, cuyas salpicaduras sangrientas a todos nos alcanzan. Yo experimento dolor profundísimo al ver en ese voraz incendio a una nación noble y bizarra, rica y generosa, que con justicia figuraba a la vanguardia del progreso legítimo, fomentándolo y propagándolo con maravillosos descubrimientos en todos los ramos del humano saber, a la valerosa intrépida Francia, para quien, después de mi patria, son mis afectos más ardientes, mis amores más intensos.

En medio de ese diluvio de odios inextinguibles e implacables rencores, en presencia de tanta destrucción

y ruina, ante ese mar de lágrimas y de sangre en el que tan sólo se oyen los gritos desgarradores de la viuda, y los ayes lastimeros del huérfano, y los suspiros doloridos de padres que han perdido a los que eran su única esperanza, y los gemidos angustiosos de los moribundos mutilados por el acero o deshechos por los gases asfixiantes; frente a visión tan lúgubre y sombría el espectáculo que ofrecemos de suyo atractivo y encantador, adquiere belleza extraordinaria que recrea dulcemente nuestro ánimo. Y cómo no entusiasmarse y esperar fundadamente un risueño porvenir, al ver aquí reunidos a los que son base de las sociedades; heraldos de la civilización, protectores genuinos de todos los desventurados, a los que donde quiera difunden los fulgores de la ciencia que mitiga penas, enjuga lágrimas, cicatriza heridas y desvanece congojas; al ver digo congregados con un fin nobilísimo a los insignes médicos de Quito que profesan talvez credos distintos, y acarician opuestos ideales políticos, pero siempre se hallan unánimes y concordes para proclamar el triunfo del derecho sobre la fuerza bruta, para ensalzar los principios morales y las virtudes cívicas. Damos de ello claro y evidente testimonio al reconocer en corporación, venerar y admirar los indiscutibles méritos, las abnegaciones y heroismos, las privaciones y desvelos, en una palabra la labor prolongada, intensa y fecunda en bienes materiales y morales del Sor. Dor. Don Rafael Arjona Silva, lustre y prez del Cuerpo médico de la Capital.

¡Lástima que en acto tan grandioso tenga que hacerse eco de hidalgas aspiraciones y generosísimos anhelos quien ocupa el último puesto entre vosotros! Recibí con júbilo la alta e inmerecida honra que bondadosamente me dispensasteis, porque pensé que para hacer el elogio de la modestia era un mérito la carencia de las hermosas aptitudes, de las bellas prendas que a vosotros os adornan; porque me pareció justo que debía proclamar la ciencia del apóstol del consuelo uno de los discípulos que más de cerca le siguieron, pudiendo admirar sus talentos y dotes profesionales, y las virtudes excelsas de su magnánimo corazón.

¿Quién no conoce el lugar preeminente que corresponde a la Clínica en la Ciencia Médica? Pues, durante más de cuarenta años dictó con entusiasmo y brillantez, tan indispensable asignatura el distinguido profesor a quien rendimos pleito homenaje. Persuadido de la

necesidad de la enseñanza práctica, la inició en sus memorables conferencias dadas a la cabecera de los enfermos en el hospital, donde pasaba largas horas, guiándonos con sus atinados consejos, y mostrándonos con su ejemplo el camino que debíamos seguir en la humanitaria y benéfica, pero a la vez ardua e ingrata carrera que habíamos adoptado. ¡Con qué afán, con qué ingenuidad, con qué interés nos iniciaba en los difíciles problemas de la práctica. Por eso corriamos presurosos a rodearle, no sólo para oír sus sabias enseñanzas, sino también para aprender de él, esa insinuante amabilidad, ese cariñoso trato con los enfermos, que es lo que les infunde valor y confianza en los momentos más angustiosos de la vida.

Y si la caridad es la suprema de las virtudes, por que desafía al mal inherente a las fuerzas de la naturaleza y le vence o por lo menos le modera y contiene; quien con el corazón y la ciencia le ejerció preferentemente entre los desvalidos, es sin duda acreedor a que antes que desaparezca de entre nosotros, se le acerque a los labios la copa de la gratitud, para consuelo en los dolores en la última tarde de la vida, en que los miembros se rinden, desfallecen las energías, no quedando vivos en el alma sino los recuerdos y los dolores del pasado.

Bien que el amor de los deudos crezca, el respeto social para con los buenos se agrande, y se enciende más el color de los beneficios prodigados; todavía es necesario en las sociedades el acto de justicia que hoy ejerce el cuerpo médico de Quito, a insinuación de la Facultad de Medicina proclamando altamente las virtudes de un benemérito consorcio, y rindiéndole público testimonio de gratitud y admiración; que ni estas han de permanecer ocultas en el fondo del alma o en el recinto del hogar, ni es justo esperar la hora de los honores póstumos, o aguardar a que la posteridad nos muestre los resplandores de los astros que se eclipsaron.

Esta es fiesta íntima de discípulos agradecidos, si se la considera en sus modestas proporciones; más si se la aquilata, por lo que en verdad significa, por la trascendencia que tiene, por el carácter de quienes la realizan, entonces bien puede llamarse fiesta nacional. El homenaje no es a un hombre sino a un médico; no es a un héroe a quien muriendo deifican sus servidores, sino al Profesor que iluminó nuestras negligencias y salvó cien

vidas a cada instante en la oscuridad del lecho del dolor, sin más fin que el cumplimiento del deber. No coronamos las sienes altivas de quien se cree dueño del respeto de todos por sus hazañas guerreras, sino de un científico humilde que pasó derramando bálsamos y consuelos en la jornada de la existencia y en nombre de Dios y la humanidad.

¡Que bien prueba este acto que la Medicina es un verdadero sacerdocio! Verdad es que también nosotros sostenemos guerras encarnizadas, libramos reñidas batallas, pero nuestras luchas continuas y atrevidas son siempre en favor de la justicia, del honor y de la vida; nuestro acero no causa sino heridas de misericordia, nuestros periscopios se levantan únicamente para indagar el mal humano y extirparlo, nuestras bombas están cargadas solo de antídotos contra el dolor y la muerte. ¿Y porque no matamos seres inocentes, no incendiamos ciudades, no hundimos riquezas en el mar y no glorificamos la barbarie, no hemos de triunfar, no somos triunfadores? Indudablemente; porque aliviar el dolor, vencer el mal, disputar presas a la muerte, es la conquista más gloriosa, la victoria más espléndida; y para probarlo coronamos en este instante, a uno de esos heroes pacíficos, a uno de esos hombres que van por la vida, como el Angel de Tobías guiando, curando y salvando en su misión dulce y sublime.

TÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Respetado Señor Doctor Don Rafael Arjona Silva: Profesor de Clínica de la Universidad Central: Los médicos de la Capital, con la más íntima satisfacción os entregan, por mi mano, este diploma. Consideradlo no como una recompensa que sería inferior a vuestros merecimientos y heroísmos, sino como sincera y leal expresión del respeto profundo, del acendrado cariño y de la gratitud perpetua de vuestros amantes discípulos y entusiastas admiradores; quienes por fidelidad al Maestro y por amor a la Patria, se proponen seguir vuestras huellas luminosas en el ejercicio de la augusta profesión que es ciencia, caridad y misericordia.

El Señor Doctor Don Rafael Arjona Silva contestó
en los siguientes términos :

Señor Presidente de la República,
Señor Ministro de lo Interior,
Señor Rector de la Universidad,
Señor Decano de la Facultad de Medicina,
Señores Profesores,
Nobles e ilustres Colegas,
Amados jóvenes,

Señores :

Gentil y generosamente habeis preparado esta cariñosa fiesta, quizás para que sea menos amarga y menos triste la tarde de mi vida.

Habeis querido crear al rededor de mí, precisamente en el momento en que a los viejos todo se nos presenta lleno de frío, de tristeza y sombras, una atmósfera caliente, plena de claridad y simpatías. Pero, queriendo de esta manera cubrirme de flores, os habeis propasado en la medida de la expresión de vuestro afecto y de vuestros elogios. Yo me sentiría, ciertamente, confundido, si no estuviese convencido de que ese afecto es sincero y de que habeis hablado con el corazón.

Cuando se llega al fin del camino, después de larga y penosa jornada, y se torna la vista queriendo medir con ella la distancia recorrida y buscar, con amor y gratitud, los sitios y parajes que nos ofrecieron descanso, las viejas ramas que nos brindaron sombra, se siente el mismo vacío, la misma pesadumbre que experimentan los que han sobrevivido a aquellos que fueron los queridos compañeros de su existencia.

Nunca olvida el hombre, mejor dicho, no puede olvidar las gratas impresiones de los años de su juventud o mocedad, como si una fuerza magnética le atrajera a ellos por la memoria del corazón. Todas ellas se conservan como fotografiadas en el fondo de nuestra naturaleza hasta el último día de la existencia. Pasan y se suceden los años; y ora ascienda el hombre a las más elevadas cimas del poder, la gloria o las riquezas; ora descienda abatido a miserables desgracias, jamás se extingue en su corazón el cariño para aquellos que fueron, si cabe expresarse así, sus hijos intelectuales. Vosotros para mí lo habeis sido y lo sois por el afecto muy hondo y muy intenso que supisteis inspirarme, no sólo en el periodo de mi labor docente que, a pesar de sus defi-

ciencias, fue la consagración más completa de mis energías para el magisterio; sino, también, en el ejercicio profesional, en las relaciones sociales, en toda ocasión en que he podido apreciar vuestros merecimientos. Mi reconocimiento es de aquellos que no pueden expresarse con palabras, porque, cuando los sentimientos llenan toda el alma, resultan estrechas e inexpresivas las formas del idioma.

En este momento, cuando la emoción me domina y vuestra generosidad me abruma, sólo puedo decir que esta manifestación vuestra la conceptúo, no únicamente como altísimo honor para mí, sino como estímulo eficazísimo para el cuerpo médico, para las nuevas generaciones intelectuales, sobre todo.

El espíritu corporativo, la solidaridad de que habeis dado ejemplo en este acto, contribuirán, de modo notable, para el mejoramiento de la institución médica que, ya en el Congreso de Guayaquil, comprobó brillantemente su inapreciable valía.

La Medicina, como muy bien lo habeis expresado, recordando al sabio e inmortal Hipócrates, debe tener un sentimiento que le impulse a buscar para el hombre el bien por todos los medios que perfeccionen su organización y le hagan menos cruel el imperio del dolor sobre la tierra.

Vosotros que sabeis lo que es el dolor, podeis valorar el efecto de una caricia en la gente que padece, sin olvidar que en la sufrida psicología de un enfermo, existe un gran sedimento de sentimentalismo; que en ciertas ocasiones, el cariño y la sonrisa bien dirigidos son los mejores medios terapéuticos. Por esto, el ejercicio de la Medicina, toda humanidad, toda piedad noble y fecunda, constituye un hermoso sacerdocio de consolaciones, que ha menester el esfuerzo colectivo, la sinceridad, el afecto y la confianza recíprocos, que fortalecen y alientan.

Desde este punto de vista la manifestación de que me habeis hecho objeto, vendrá a ser como la base de un gigantesco edificio de unión y de engrandecimiento para el cuerpo médico de toda la República.

Este es el último, el más sincero, el mejor de todos los anhelos de mi vida al estrecharos, en un solo abrazo de cariño y gratitud, a todos vosotros, compañeros y amigos. Sólo el Hacedor Supremo os pagará como lo merecéis.